



**Homilía pronunciada por el Eminentísimo Sr. Cardenal Stanislaw Dziwisz,
Arzobispo de Cracovia y Secretario del Venerable Juan Pablo II,
en la Eucaristía celebrada con los jóvenes de la Arquidiócesis de La Habana.**

**Parroquia de San Francisco de Paula,
23 de febrero de 2010**

Queridos jóvenes amigos,

1. Me da una gran alegría poder encontrarme con ustedes durante esta breve visita en Cuba. Vengo desde Polonia, el país que fue la Patria del Santo Padre Juan Pablo II. Mañana, en la Catedral de La Habana se proyectará la película *"Testimonio"* que trata de mostrar la figura y la obra del Papa. Falleció hace cinco años, exactamente el dos de abril de 2005, pero su memoria se conserva de modo asombroso en el mundo entero.

Un rasgo característico del Pontificado de Juan Pablo II fueron los viajes a diferentes países y ciudades. En total realizó 104 viajes internacionales, llegando a los rincones más recónditos del mundo. Muy a menudo visitaba América Latina. También visitó Cuba en enero de 1998; es decir, hace doce años. ¿Quizás alguno de ustedes se acuerda de este acontecimiento? He acompañado al Papa en todos sus viajes como su secretario, y he estado a su lado en su trabajo durante casi cuarenta años. También estuve con él en Cuba y conservo en el corazón muy gratos recuerdos de esta visita histórica.

2. Antes de llegar a esta celebración que tengo en estos momentos con ustedes, repasé lo que Juan Pablo II dijo a los jóvenes cubanos en el mensaje que les dirigió en Camagüey. El siguiente es un breve fragmento de sus palabras: *"He venido a Cuba, como mensajero de la verdad y la esperanza, para traerles la Buena Noticia, para anunciarles «el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm. 8, 39). Sólo este amor puede iluminar la noche de la soledad humana; sólo Él es capaz de confortar la esperanza de los hombres en la búsqueda de la felicidad. (...) "* Y el Papa continuó diciendo: *"¡Escuchen la voz de Cristo! En la vida de ustedes está pasando Cristo y les dice: «Sígueme». No se cierren a su amor. No pasen de largo. Acojan su palabra. Cada uno ha recibido de Él un llamado. Él conoce el nombre de cada uno. Déjense guiar por Cristo en la búsqueda de lo que les puede ayudar a realizarse plenamente. Abran las puertas de su corazón y de su existencia a Jesús, «el verdadero héroe, humilde y sabio, el profeta de la verdad y del amor, el compañero y el amigo de la juventud»" (n. 1).*
3. Juan Pablo II muy a menudo se encontraba con los jóvenes en las parroquias romanas al igual que durante sus viajes por el mundo. Ya el día de la inauguración de su pontificado les había dicho a las personas reunidas en la Plaza de San Pedro en Roma: *"Ustedes son la esperanza de la Iglesia, ustedes son mi esperanza"* (22/10/1978). Vale la pena preguntarse: ¿por qué el Papa llegaba a los jóvenes, a sus corazones? La respuesta es: porque fue auténtico. Fue fidedigno. Vivió lo que decía y lo que proponía a los demás. Juan Pablo II fue exigente consigo mismo y también con los demás. No se contentaba con la mediocridad. Medía por lo alto y con eso despertaba la admiración entre los jóvenes de los ambientes donde se les exigía poco.

Juan Pablo II se daba cuenta de que podía llegar al mundo de los adultos por medio de los jóvenes. Por esta razón le dejó a la juventud la tarea de la nueva evangelización. Quería que la Buena Nueva de Jesucristo fuera anunciada con un lenguaje nuevo, con una profunda convicción. Quería que el Evangelio llegara a los que no conocen a Cristo o que no lo conocen suficientemente.

4. Cuando Juan Pablo II moría hace cinco años, decenas de miles de personas se congregaron frente a su casa, entre quienes había muchos jóvenes. El Papa moribundo les dirigió las últimas palabras: *"Yo los buscaba, y ahora ustedes llegaron hacia mí y se los agradezco"*. Antes, el Santo Padre iba con los jóvenes por el mundo. Ahora, la tarea de los jóvenes, de cada uno de ustedes, es ir por el mundo llevando como él la Buena Nueva, con entusiasmo, con convicción, con alegría. Hoy los jóvenes no están solos. Los apoya el Papa Benedicto XVI, sucesor de Juan Pablo II.

Agradecemos a Dios porque estamos en la Iglesia, la gran comunidad del Señor crucificado y resucitado. Anunciamos con valor Su Evangelio a través de nuestra vida.

5. Queridas y queridos jóvenes, hace unos días hemos comenzado el camino de preparación espiritual -la Cuaresma- que nos dirige hacia el reencuentro con Nuestro Señor resucitado. No es un camino fácil. Nos lleva por el desierto, es decir, es una prueba en la que cuentan sólo las realidades más importantes. En la vida cotidiana nos ocupan muchas cosas, oímos muchas voces, nos asechan demasiadas ansias que nos distraen y desconcentran de lo que realmente vale la pena. Pero es Dios, Nuestro Señor y Creador, quien es el más importante, de quien procedemos y a quien nos dirigimos. Su santa voluntad es lo primordial al igual que el responder con amor a su amor. Nuestro compañero vital en el camino por el desierto es Jesucristo.
6. Se aproxima el quinto aniversario de la ausencia física del Papa Juan Pablo II. A lo largo de los treinta y nueve años, durante los cuales he estado junto a él, he podido observar su oración y trabajo, su servicio a la Iglesia en Cracovia y luego en el mundo entero. He sido testigo de su santidad, de su entrega incondicional a Dios, su insuperable servicio. Él le entregó a Jesucristo su corazón entero, por eso proclamaba el Evangelio en todos los continentes. Por eso esperamos con fervor el momento en que este gran servidor de Dios sea llevado a los altares.

Así podrá ser, aún más, nuestro compañero de viaje. Nos ayudará a descifrar las señales presentes en el mundo contemporáneo y a enfrentar nuevos desafíos. Él, desde un primer momento, nos dijo: *“¡No tengan miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad! (...) ¡No teman! ¡Abran, más todavía, abran de par en par las puertas a Cristo! (...) Permitan que Cristo hable al hombre. ¡Sólo Él tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!”* (22/10/1978, n. 5). Estas palabras siguen estando vigentes. Tomémoslas como su regalo y como un deber que hemos de cumplir.

Como ustedes saben, Juan Pablo II era profundamente mariano. Cómo no recordar, estando yo tan cerca de él, la gran emoción que le embargó cuando el veinticuatro de enero de mil novecientos noventa y ocho, en Santiago de Cuba, coronó la bellísima y querida imagen de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, Madre, Reina y Patrona de Cuba. De la mano de María, *“abran de par en par las puertas a Cristo”*. ¡Se los deseo de todo corazón!

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original